

NICK HARKAWAY

*El mundo que
vimos desaparecer*
The Gone-Away World

Traducción de Carmen Fortes e Iris César

Título original: *The Gone-Away World*

Edición original: Windmill, London, 2008

1.ª edición: Febrero, 2017

Diseño: A. Amann & J. Palao

Ilustración de solapa: © Chris Close, 2016

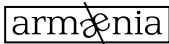
Copyright © Nick Harkaway, 2008

Copyright de la traducción © Carmen Fortes e Iris César, 2016

Copyright de la corrección: © Armaenia Editorial, S.L. 2017

Copyright de la edición en español © Armaenia Editorial, S.L. 2017

Armaenia Editorial, S.L. ha tratado de ponerse en contacto con los propietarios del © de la ilustración de cubierta, sin éxito. Quedamos a su disposición.



Armaenia Editorial, S.L.

www.armaeniaeditorial.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-944909-6-5

Depósito legal: M-3802-2017

Impresión: Gráficas Cofás, S.A.

Impreso en España

*A mis padres.
Vosotros sabéis quienes sois*

Los que sueñan despiertos son peligrosos, ya que ejecutan sus sueños con los ojos abiertos para hacerlos posibles. Eso fue lo que hice.

T. E. Lawrence

Capítulo 1

*Cuando todo comenzó;
cerdos y crisis;
encuentros cercanos con la administración.*

La luz se fue en el Sin Nombre poco después de las nueve. Yo estaba inclinado sobre la mesa de billar, con una mano en la calva que se había formado detrás de la D por la cerveza, según Flynn el Tabernero, pero que era del mismo tamaño y forma que el culo de la señora de Flynn el Tabernero: casi un metro de diámetro y con la forma de una manzana Royal cortada por la mitad. El fluorescente que había sobre la mesa se apagó, al instante volvió, y el frigorífico con puerta de cristal comenzó a emitir un zumbido grave y torpe. La instalación eléctrica también zumbó y se hizo la oscuridad. Un leve destellos de estática bailaba por la repisa del televisor, mientras la lámpara verde de SALIDA chisporroteaba junto a la puerta.

De todas formas, me apoyé sobre la marca del culo de la señora de Flynn el Tabernero y lancé el golpe. La bola blanca produjo un murmullo al cruzar el fieltro, a continuación dio contra dos bandas y terminó por golpear limpiamente la bola 8 hacia una de las troneras. *Ton, ton, tooc... gloong.* Un golpe perfecto. Iba a por la 6, por cierto. Le había regalado la victoria a Jim Hepsobah. En cuanto volviera la luz y todo volviera a la normalidad en el Sin Nombre, daría paso a mi colega héroe Gonzo y Jim se lo cargaría también.

En cualquier momento.

Solo que las luces seguían apagadas y el destello tenue del televisor se había desvanecido. Hubo un instante, muy breve, de silencio; un instante en los que solo sientes el tiempo, de los que te entristecen sin ninguna razón aparente. Fue entonces cuando Flynn regresó, soltando tacos como

un energúmeno (y si el macho-alfa de los energúmenos se enfrentara alguna vez con él en un duelo al sol de a ver quién suelta más obscenidades, sé por quién apostaría).

Flynn conectó el generador, que, gracias a Dios, funcionaba con cerdos. Podía oírse el ruido de cuatro cerdos, grandes y malolientes, enyugados al cabrestante; un sonido bastante parecido al de una pequeña carga de caballería. Flynn le soltó alguna de sus despreciables blasfemias al puerco que pilló más a mano. El animal parecía constreñido y con ganas de vomitar. El resto le siguió a la fuerza en una procesión lenta pero segura alrededor del cabrestante. El cerdo número uno se dio la vuelta, vio a Flynn preparado con otra dosis y trató de detenerse. Atado al travesaño y a sus tres compañeros, se dio cuenta de que le era imposible, así que hizo acopio de todas sus lorzas y cargó contra él a la máxima velocidad porcina, lo que aceleró todo el ciclo hasta que, con un crujido y entre hedores y gruñidos, el generador volvió a funcionar y la televisión se iluminó con malas noticias.

Aunque no llegó a iluminarse del todo. La imagen era tan tenue que parecía que el televisor se había roto. Luego, se oyeron fuegos artificiales y gritos de alarma y de miedo, bastante discretos al principio pero que se hacían más y más fuertes: era Sally Culpepper, que estaba subiendo el volumen. La imagen se movía y temblaba mientras algunas personas aparecían en la pantalla gritando: *¡atrás!*, *¡apartaos!* y *mierdamierdamiradesojodeeer*, palabras que no se molestaban en censurar. A media distancia se veía una figura revolcándose por el suelo. Algo había ido horriblemente mal en el mundo y, naturalmente, algún gilipollas estaba ahí con su cámara, ganándose diez mil a la hora como plus de peligrosidad cuando podría haberse puesto las pilas de gilipollas y salvado una vida o dos.

Conocí a un chaval en la Guerra de Desaparición que hizo justamente eso: arrojó la valiosa Digi VII de la cadena a una letrina y sacó a seis civiles y un sargento de un camión médico en llamas. De vuelta a casa consiguió la condecoración de la Reina y el finiquito de su jefe.

Ahora está en una residencia, se llama Micah Monroe y todos los días se pasan dos tipos del Hospital de Veteranos para llevarlo a dar una vuelta y asegurarse de que la medalla junto a la cama sigue reluciente. Dos simpáticos vejetes, Harry y Hoyle, que también consiguieron medallas pero que creen que es lo menos que pueden hacer por un hombre que perdió la cabeza para olvidar toda esa mierda. El hijo de Harry iba en el camión médico, ya ves. Uno de los que Micah no pudo salvar.

Nos quedamos mirando la pantalla, tratando de entender qué estaba pasando. Parecía por un momento que el Tubo de Jorgmund estaba en llamas, pero eso era como afirmar que el cielo se estaba cayendo a trozos. El Tubo era un objeto único, el más sólido —de redundancia triple, la seguridad es lo primero—; el más necesario del mundo. Lo construimos deprisa y corriendo, pues no había otra forma de hacerlo, y posteriormente lo convertimos en un sistema indestructible. Los planos fueron diseñados por los mejores y revisados y re-revisados por los mejores de los mejores. Estos revisores fueron más tarde analizados e investigados por si presentaban algún signo de quintacolumnismo o de tendencias suicidas, o incluso de un serio y hasta ahora inadvertido caso de total y absoluto imbecilismo. Así las cosas, los contratistas comenzaron a trabajar con arreglo a un régimen que hacía hincapié en el rigor y en el seguimiento de las especificaciones más que en la rápida finalización, un régimen que sancionaba tan gravemente a especuladores y comisionistas que a éstos les sería muchísimo más seguro tirarse desde algún lugar bien alto. Finalmente, unos aparejadores y expertos en catástrofes le dieron caña con martillos y sierras, generadores de descargas y máquinas de torsión, y lo declararon seguro. Todos los que se encontraban en la Zona Habitable estaban unidos por el deseo de mantenerlo y protegerlo. Era absolutamente imposible imaginar, concebir o creer en la posibilidad de que estuviese ardiendo.

Estaba ardiendo *a lo grande*. El Tubo se consumía en un doloroso blanco de magnesio, como el vientre de un cadáver, repugnantemente

blanco y, junto a él, ardían edificios y vallas, lo que significaba que no se trataba solo del Tubo, sino algo aún más importante: una estación de bombeo o una refinería. Un humo caliente, resplandeciente, envolvía toda la zona y, en lo más profundo del corazón de aquel horno, estaban ocurriendo cosas que el ojo humano no sabía cómo tratar; malas noticias, escalofriantes, que venían acompañadas por una banda sonora que no presagiaba nada bueno. En la pantalla, algo muy importante se desmoronó rodeado de luz y ruido.

—Miiiiieeeeeerda —dijo Gonzo William Lubitsch, hablando por todos.

Era una sensación extraña: estábamos viendo el fin del mundo — de nuevo— y era horrible, una cosa que ojalá no estuviésemos viendo. Pero, al mismo tiempo, ahí estaban la fama, la fortuna y todo aquello que podríamos llegar a pedirle a una población agradecida. Contemplábamos nuestra razón de ser. Porque aquello en la pantalla era un incendio, además de un accidente químico-tóxico de la peor clase, y nosotros, señoras y señores —un aplauso, por favor—, éramos la Compañía Civil Libre de Transporte de Emergencia de Material Peligroso de la región de Exmoor (sede central, el Sin Nombre; directora general, Sally J. Culpepper, presidiendo) y justo eso era lo que hacíamos mejor que nadie en toda la Zona Habitable, es decir, en todo el mundo. Sally se puso enseguida a discutirlo con Jim Hepsobah, y luego con Gonzo, haciendo listas y dando órdenes. A Flynn el Tabernero lo puso a preparar su café expreso capaz de atravesar el acero, y hasta la señora de Flynn se levantó con sus airbags incorporados y se puso a velocidad de crucero a preparar provisiones, hacer cuentas y tomar nota de cartas a los seres queridos y/o desaparecidos, a gente entrevista y admirada entre el polvo del Sin Nombre. Corríamos de un lado a otro chocándonos y soltando improperios, básicamente porque no teníamos nada importante que hacer aún; todo era barullo y revuelo hasta que Sally se subió a la mesa de billar y nos dijo que nos callásemos y formáramos un grupo. Luego alzó el teléfono sobre

nosotros como si se tratase del fémur de un santo.

Sally Culpepper medía un metro ochenta y era casi todo pierna. Sobre el omoplato derecho tenía una orquídea tatuada por un chico al que poco le faltaba para ser Miguel Ángel. Sally tenía labios de fresa, una piel sedosa y pecas en la nariz, que se había reconstruido después de una pelea de bar en Lisboa. Gonzo afirmaba haberse acostado con ella, haber tenido aquellas piernas alrededor de sus caderas como boas constrictoras de cuero italiano. Nos contaba que lo dejó medio muerto y sonriendo como una luna en cuarto creciente. Según él, ocurrió una noche después de un trabajo de los gordos, cuando todo el mundo estaba hasta arriba de cerveza y resplandeciente como una yema de huevo, la piel brillante de éxito y jabón. Nos contaba que fue en la época en que Jim y Sally trataban de no ser nada, antes de rendirse ante lo inevitable e irse a vivir juntos. Siempre que quedábamos, Gonzo y yo, Sally y Jim Hepsobah y los demás, Gonzo le sonreía con maldad y le preguntaba qué tal iba su *otro* tatuaje, a lo que Sally Culpepper contestaba con una sonrisa secreta que expresaba lo que no estaba contando. Quizá Gonzo sabía cómo era aquel otro tatuaje, o quizá no. Jim Hepsobah fingía no oírlo, porque Jim quería a Gonzo como a un hermano, con la clase de cariño que entiende que tu colega es un capullo y no te importa. Todos queríamos a Sally Culpepper y ella se dedicaba a dirigirnos con sus transparentes pestañas, su rostro de lechera y unos esbeltos brazos que podían pegarte un puñetazo como si de un martillo pilón se tratara. Así que ahí estaba ella, de pie, y se produjo una especie de atenta calma porque sabíamos que, de recibir la llamada, llegaría a través de ese teléfono. Tenía cinco rayas de cinco de cobertura: esa era una de las razones por las que el Sin Nombre era nuestra sede de trabajo.

Decidimos dejar de cazar calcetines perdidos y hacer equipajes y de preocuparnos porque nos hubiésemos perdido el pistoletazo de salida, y nos sentamos a comer el pino de la señora de Flynn. Tras un rato, empezamos a charlotear en voz baja y hablamos sobre quehaceres domésticos,

como limpiar los canalones o echar murciélagos del desván. Cuando el teléfono sonase (de un momento a otro), podríamos ir a ser héroes y salvar el mundo, que era el pasatiempo favorito de Gonzo y, por fuerza, algo que yo también hacía de cuando en cuando. Hasta que eso ocurriera, no debíamos preocuparnos. Entonces se hizo de nuevo la calma en el Sin Nombre; en pequeños grupos, y uno por uno, nos quedamos en silencio previendo un destino terrible.

La visión tomó la forma de un niño lleno de mocos secos que tiraba de un viejo oso de peluche. Entró serio y decidido en la habitación, nos escudriñó a todos con una mirada severa y luego se giró inquisitivo hacia la señora de Flynn el Tabernero para recopilar datos.

—¿Por qué está todo oscuro? —Exigió saber.

—Se ha ido la luz —dijo alegremente la señora de Flynn el Tabernero—. Hay un incendio.

El niño nos miró a todos con el ceño fruncido.

—Los hombres hacen mucho ruido —dijo, aún irritado —, y éste está sucio.

Señaló a Gonzo, que se estremeció. Luego a Sally Culpepper.

—Esta mujer tiene una flor en la espalda —añadió, como prueba concluyente de lo inapropiados que éramos; después se sentó en mitad del suelo y se sirvió un rollo de queso y beicon. Lo miramos y nos frotamos los ojos para ver si se iba.

—Lo siento —dijo la señora Flynn dirigiéndose a todos—, no solemos dejarlo entrar, pero es una emergencia.

Observó al niño con desaprobación.

—Cariño, no puedes comerte eso. Ha estado en el suelo junto al hombre sucio.

Gonzo probablemente habría hecho alguna objeción, pero no parecía oírlo; seguía mirando fijamente con mudo espanto al niño que tenía frente a él, al igual que yo, al igual que el resto. Tendría uno o dos años y, por el contexto, podían sacarse ciertas conclusiones incómodas e incluso

terribles. El niño, envuelto en una toalla de baño y en este momento tratando de meterse un panecillo de diez centímetros por la oreja, era el Engendro de Flynn.

El incendio del Tubo de Jorgmund era profundamente inquietante. Representaba un peligro y una oportunidad y casi con total seguridad engaño, fines ocultos y todas esas historias. Pero eso era nuestra especialidad. Las cosas se quemaban, explotaban y solo entonces aparecíamos nosotros para detenerlas. Una población en aumento de Flynns era otra cosa distinta. Consideramos a Flynn como nuestro monstruo personal, un ogro prudente y perturbador de una obscenidad corrosiva y cristalería siniestra. Era nuestro, era poderoso, nos vino muy bien asociarnos con él y una prueba de su peligrosa supervirilidad podía hallarse en sus intrépidos encuentros sexuales con la voluminosa señora de Flynn; pero realmente no deseábamos vivir en un mundo compuesto en su totalidad por seres como Flynn; prietas las filas, criticones, gruñones y reticentes a aceptar un pagaré. Sería un nuevo orden que hasta el más valiente de nosotros encontraría totalmente inhóspito, y el atisbo de ello, el Engendro de Flynn, estaba tirando nuevamente trozos de queso aplastado a la bota de Gonzo. La señora de Flynn el Tabernero, ajena a todo esto, terminó cualquiera que fuese la tarea doméstica que la ocupaba entre un aluvión de ropa y trapos de limpieza, y apareció de nuevo. El Engendro de Flynn pasó alegremente de su madre y le pegó un mordisco a uno de los extremos del rollo sucio.

—Crujiente —dijo el Engendro de Flynn.

El teléfono de Sally Culpepper emitió un ligero *riiirrp* y nadie lo miró directamente.

—Culpepper —murmuró Sally y, un instante después, cerró el móvil de golpe—. Se han equivocado.

Todos pusimos cara de «nos da igual».

Durante un rato en el Sin Nombre solo se oyó el ruido de un niño comiendo y el de un montón de mujeres y hombres rudos y groseros

pensando con preocupación en el tiempo, la mortalidad y la familia, ideas con las no estaban familiarizados. Luego se rompió el silencio, no por una llamada telefónica, sino por un sonido tan profundo que casi no lo era.

En un primer momento se oyó como una especie de calma agresiva. El silbido y el rugido del viento del desierto a nuestro alrededor continuaban aunque, de alguna forma, se subsumía en este profundo y grave silencio. Podías sentirlo como el frío en las rodillas y tobillos, una vacilante e infartante sensación de debilidad y vibración. Algo después se pudo oír un repiqueteo, una especie de *gnognognogg* que resonaba en los pulmones y que te hacía saber que hoy eras la presa y no el cazador. Y si alguna vez lo habías oído, sabías lo que era, y todos lo sabíamos, porque la primera vez que lo oímos lo producíamos nosotros: era el sonido de soldados. Alguien estaba desplegando una fuerza militar de tamaño considerable alrededor del Sin Nombre, lo que quería decir que no se tomaban a coña la seguridad. Teniendo en cuenta lo poco probable que parecía un despliegue así para arrestarnos y que, en cualquier caso, si esa era la razón de que estuviesen ahí, no podíamos hacer absolutamente nada, atravesamos la gran puerta de madera de pino del Sin Nombre para verlos llegar.

Fuera hacía un tiempo frío y seco. Había caído la noche, la oscuridad de la hora de las brujas, y la arena había perdido su calor. Soplaba un viento fresco entre los tejados de madera del bar y de los edificios circundantes, así como entre las sombrías chozas y casas de listones que constituían la ciudad sin esperanza de Exmoor, pob. 1 309. Frente a la cumbre de la Colina de Millgram se encontraba nuestra parte del Tubo de Jorgmund, una única línea gris oscuro iluminada por la ventana de la habitación de Flynn y por el foco de luz en el potrero y, cada tanto, por el brillo de otra casita solitaria del camino. Se extendía en ambas direcciones a través de la oscuridad y, en algún punto del otro lado del globo, aquellas dos líneas se encontraban y se unían, seguramente en un

lugar con una vitalidad y una energía que no tenía Exmoor. En lo alto del Tubo, cada pocos metros, había una pequeña boquilla que rociaba por el cielo un FOX bueno y limpio; FOX, la poción mágica que mantenía día tras día el mundo que aún conservamos más o menos con la misma forma. Nadie sabía muy bien de dónde venía o cómo se fabricaba; la mayoría imaginaba algún tipo de máquina gigantesca con forma de huevo y toda clase de cables y luces que lo condensaban a partir del aire y de la luz de la luna y que lo hacían got-got-gotear en enormes tanques. Había miles de estas máquinas en alguna parte, vulnerables e indispensables, y nunca las apagaban. En una ocasión había conseguido ver parte de la maquinaria involucrada: rombos negros y alargados de caras curvas, todo cañerías y mangueras; bastante inquietante. No era tanto un huevo como una cápsula espacial o un batiscafo, solo que esta vez era al contrario; no se trataba de un instrumento para viajar a través de lugares hostiles, sino de uno para hacer del exterior un lugar lo menos hostil posible.

La mayoría de la gente buscaba formas de ignorar el Tubo. Contaban con un repertorio de eufemismos para referirse a él, como si se tratase del cáncer, de la impotencia o del Demonio, que lo era. En algunos sitios lo pintaban con colores llamativos haciéndolo pasar por un proyecto artístico, o construían delante de él, o incluso plantaban flores alrededor. Solo en pueblos tan cochambrosos como el nuestro podías ver la cosa en todo su esplendor. La columna vertebral de quienes éramos, despreciada y llena de óxido, transportando fuerza vital y seguridad, así como la ilusión de continuidad hasta al último rincón de la Zona Habitable.

A decir verdad, no era un bucle para nada, sino una extraña maraña a modo de nido de pájaro. Había curvas cerradas y tirabuzones y lugares donde las tuberías secundarias sobresalían de la principal para alcanzar pequeños pueblos en los bordes, además de lugares donde la Zona Habitable se ceñía al Tubo como una matriarca que se levanta las faldas para cruzar un río, otros donde el clima y la orografía del terreno hacían del exterior algo peligrosamente cercano pero que en conjunto confor-

maban una suerte de círculo agreste que rodeaba la tierra. Un lugar donde tener un hogar. Aléjate más de treinta kilómetros del Tubo (el viejo *TJ*, como lo llamaban en Haviland, donde la Compañía de Jorgmund tenía su sede, o a veces *la Gran Serpiente* o *la Plateada*) y estarás en la funesta tierra de nadie entre la Zona Habitable y la puta pesadilla que es el mundo irreal. A veces era segura, pero otras no. La llamábamos la Frontera y solo la atravesábamos cuando no teníamos otra opción, cuando solo había un camino para llegar a algún sitio en un tiempo razonable, cuando la alternativa era un largo viaje por los tres lados de un cuadrado y la emergencia no podía esperar. A pesar de todo, íbamos en bloque y con rapidez, sin perder de vista el clima. Si el viento cambiaba, o la presión bajaba; si veíamos nubes en el horizonte que no nos gustaban, o tipos raros o animales que no tenían buena pinta, dábamos media vuelta y corríamos hacia el Tubo. Las personas que vivían en la Frontera no siempre seguían siendo personas. Llevábamos FOX en botes y esperábamos que fuese suficiente.

Se rumoreaba que algunas de las ciudades periféricas habían sido saqueadas hacía poco, destrozadas y quemadas hasta los cimientos por personas —o casi personas— de más allá de la Frontera, provenientes de lugares cambiantes donde ocurrían cosas horribles. Así que los esbirros de la Compañía empezaron a patrullar durante más tiempo y haciendo más preguntas, y la gente se mantenía más cerca del Tubo, un sitio seguro. Sal del camino y quizá vuelvas, o quizá no, pero ya no serás el mismo. Suena raro y espantoso hasta que te das cuenta de que en realidad es lo que más o menos siempre ha ocurrido. Si no me crees, es porque jamás has abandonado tu pequeña zona de confort para dirigirte a algún lugar donde todo cuanto sabes no sirve para nada.

El rugido del convoy sonaba ahora más cercano y los grandes faros del vehículo que iba en cabeza avanzaban y retrocedían, a veces iluminándonos, a veces mostrándonos la arena y la gravilla que había alrededor. Los desiertos de los documentales de naturaleza salvaje son espectaculares,

lugares nobles de una majestuosidad primitiva: hormigas fotogénicas y arañas impresionantes, todo immaculado y genuino porque con ese *zoom* hasta la suciedad parece rocas y peñascos. Nuestro desierto era más bien una especie de vertedero. Cuando el viento soplaba del oeste, traía con él el olor del metal caliente, del diésel y de los hombres listos para el combate. Cuando soplaba del este, traía el característico sabor de los cerdos que acaban de hacer ejercicio. Tampoco era el tipo de aroma que alguien metería en una botella con una flor estampada y pondría a la venta anunciada por una supermodelo cara y no del todo desnuda. Eran olores reales, vivos, repugnantes y peculiares que reconfortaban en una noche en la que el mundo estaba en llamas. Así que allí estábamos, en la oscuridad, lejos del televisor, del Engendro de Flynn y de la mesa de billar, y todos respiramos profundamente y nos sonreímos los unos a los otros y fuimos nosotros, muy nosotros. Jim Hepsobah tomó la mano de Sally Culpepper y fingimos que no los veíamos. Annie el Buey le susurró algo a Egon Schlender; Samuel P. masculló algunos tacos; Tobemory Trent no hizo absolutamente nada, permaneció inmóvil y en silencio como un sepulturero. Yo pensaba en mi versión del cielo, pequeño y tranquilo y donde actúa un solo ángel, que además no sabe cantar.

Cerrad los ojos e imaginad una casa en la ladera de una montaña, hecha de madera y piedra. El aire es nítido, frío y con sabor a nieve, y los sonidos que oís son los de gente real trabajando duro en cosas que pueden coger, comer y usar. Hay humo de leña, y ese humo trae el aroma de la cena de hoy y de una botella de vino del bueno. La mujer que hay junto a la entrada lleva unos vaqueros azules, una camisa blanca y un par de botas de *cowboy*. Sus ojos son del color de las aguas de un lago. Es mi mujer y, sí, es tan hermosa como todo cuanto la rodea. Este es mi corazón, lo único que tengo de lo que Gonzo Lubitsch carece.

El convoy llegó rugiendo —grande, ruidoso y adolescente— y todo el mundo trataba por todos los medios de no reírse pues incluso en la mejor de las circunstancias nadie quiere reírse de una unidad acorazada

completa, esto era una emergencia y además había unos cuantos chicos y chicas nerviosos armados con fusiles. Así que los miramos muy serios y respetuosos, como si estuviéramos en la iglesia, y nos preguntamos qué estaba pasando. Entonces, cuando el primer carro de combate se detuvo en la plaza de aparcamiento «reservada», la escotilla se abrió y, en vez de unos cabrones canosos de mueca reglamentaria, apareció un chupatintas, un hijoputa flaquito y repeinado. Su colonia «Ven a follarme» y la cartera de cuero artesanal que llevaba se podían oler a kilómetros.

—Hola —dijo el chupatintas.

Y como no era suficiente con que fuera un tipo de la administración, sino que encima tenía que ser un inútil, añadió:

—¿Alguien podría echarme una mano? Me he quedado atascado en la compuerta —. Se echó a reír.

Cuando te envían una escolta significa que tienes que llegar rápidamente a algún sitio, lo que no está nada mal. Cuando te envían a tu propio chupatintas personal significa problemas, tejemanejes, gilipollices contractuales y la seguridad de que todo con lo que deberías poder contar se irá a la mierda. Significa que tienen la intención de engañarte y que quieren a uno de los suyos cerca para recalcar lo abiertos y honestos que son. Sally Culpepper pasó a alerta roja y Jim Hepsobah apartó la mano para que pudiera volver a ser la directora general, una negociadora y no una chica de pueblo que espera con sorprendente paciencia a que el pedazo de idiota que tiene por novio la pida en matrimonio.

Daba la sensación de elevarse lentamente en la noche con algún tipo de ascensor personal, como un villano de una vieja peli de espías, solo que cuando tenía las espinillas más o menos al nivel del borde de la escotilla —que no compuerta— pudimos ver un par de manos agarrándolo y unos antebrazos casi tan grandes como los de Jim, seguidos de la fea cara de Bone Briskett; así que resulta que en el pack también venía un cabrón canoso. Dejó al chupatintas frente al carro de combate, sin decir nada, de un modo que daba a entender que él, Bone, pensaba al igual que nosotros

que el chupatintas era un auténtico inútil y que alegremente lo arrollaría si dábamos la señal. Todos fingiríamos que había sido un accidente y existiría una capa de burocracia menos entre nosotros y lo que fuera que necesitásemos para hacer el trabajo.

La Compañía de Jorgmund se extendía por el mundo y era vieja, sabia y cautelosa, surgida a partir de otras empresas que existían de antes de la Guerra de Desaparición, así que cuidaba de sí misma y se protegía a sí misma, lo que resultaba irritante pero probablemente necesario. Había municipios, ciudades-Estado y cosas por el estilo que conformaban un mosaico de poder al que llamábamos Sistema; supuestamente ellos eran los que defendían la ley y mantenían el ejército —la gente como Bone, que patrullaba los límites de la Zona Habitable y perseguía a los bandidos, y a cosas peores que los bandidos—. Aunque realmente era Jorgmund quien manejaba el cotarro, pues Jorgmund tenía —era— el Tubo, aquello de lo que no podíamos prescindir. El logo de la espiral de serpiente de Jorgmund estaba por todas partes, o al menos en todas las que importaban. Así que allí estábamos, y allí estaba ese tipo, el chupatintas; y tenía jefe, estoy seguro, porque los hombres sin jefes no vienen a Exmoor, ni aun que el cielo se esté cayendo. En interés de su jefe, y de su ascenso, y de todas las cosas buenas, había venido hasta aquí para tangarnos.

El chupatintas aterrizó sobre la arena como esperando a que se lo tragara. Al caminar iba volcándola sobre sus zapatos Brogues, se le metía dentro y le llenaba de polvo los calcetines de seda. Para cuando llegó hasta nosotros y miró a Jim Hepsobah y le ofreció su mano, Jim con los brazos cruzados y Sally estrechándole la mano al chupatintas como diciendo «¡*Strike* uno!», parecía que al hombre de Haviland lo habían encalado o metido en lejía hasta la rodilla.

—Dick Washburn —dijo el chupatintas.

Todos tratamos inmediatamente de contener la risa. Lavacipotes. Samuel P. se adelantó, inclinó la barriga y sacó la mano para decirle:

—¿Dickwash? ¿Lava qué...? —lo que no afectó en absoluto al Lavacipotes. Richard Washburn, Sr. V.P. responsable de loqueseaitis, dio su nombre una segunda vez, claro y nítido, y le clavó una mirada a Samuel P. que decía que podía encajar una broma tan bien como cualquiera, pero que no pensara que iba a reírle esa broma, así que todos mejoramos ligeramente la opinión que teníamos de él. Era un chupatintas, sí, pero no un cobarde. Si Dick Washburn podía mostrarse firme aquí y ahora, en la Compañía estaría cerca de convertirse en el macho alfa, en uno de esos a los que los jefazos no quitaban el ojo de encima por si lo pillaban tomando medidas de sus oficinas o admirando las vistas con aprobación. De hecho, era probable que ya lo hubiesen pillado con las manos en la masa y que por eso estuviese aquí; la cara visible y portavoz de cualquier litigio en el asunto entre la Población y la Compañía de Jorgmund. A un príncipe que adquiere demasiada popularidad lo mejor es destruirlo con oportunidades imposibles.

Todos nos fuimos dentro mientras los soldados de caballería se encargaban del engorroso tema de asegurar el perímetro, y se encargaron muy bien, aunque parecían confundidos e insatisfechos por tomar posiciones defensivas alrededor de un edificio que parecía estar hecho de mocos y cartón, clavado en el confín del mundo civilizado y poblado por gente como nosotros, edificio que probablemente se redujera a recortes de periódico con el retroceso de uno de los fusiles montados en los transportes blindados de personal. Hubo un momento complicado cuando cuatro sombras alargadas aparecieron en el infrarrojo; se movían trazando un rápido arco hacia la parte trasera del Sin Nombre, y dos armas pesadas entraron en juego y los localizaron: *fiiuuuuPAMzaaaam* y «¡Señor, contacto, señor!», seguido de «Soldado, como dispare el arma se la voy a meter por» y *gabuuumm* según se movían las torretas, un ángulo de tiro probable que atravesaba el salón y la taberna de Flynn. Por supuesto, el enemigo era el generador con cerdos del desierto, trabajando en ese momento con el fin de producir suficiente electricidad para que la cocina

y el televisor funcionaran a la vez. Así que los cerdos estuvieron por unos segundos al borde de una espectacular aniquilación y luego fueron clasificados como «no amenaza»; los fusiles hicieron un ruido como *zaaagag-esleermmm* y volvieron a sus posiciones iniciales. Bone Briskett (el coronel Briskett) cedió el mando a su segundo, un tipo flacucho probablemente tan peligroso como todos los demás juntos; luego nos siguieron dentro y cerraron la puerta.

Dick Washburn se quedó parado en mitad de la sala y todos le miramos. Trató de devolver la mirada a todo el mundo a la vez, pero se acobardó. Estaba rodeado. Miró a Bone Briskett, aunque Bone estaba contemplando la horrible realidad del Engendro de Flynn y teniendo algún tipo de Dios sabe qué epifanía sobre sí mismo. Luego le echó una mirada a Sally, pero ésta le estaba devolviendo lo del apretón de manos de antes y se limitó a esperar como todos los demás. Estaba allí parado, con sus zapatos «hipoteca tu casa» echados a perder y su masculino aftershave, tan delicado como lascivo, en una habitación aromatizada con cerveza rancia y con la fragancia de camioneros, rollos de queso y electricidad alimentada por cerdos. Trató por todos los medios de no parecer fuera de lugar.

Examinemos a este hombre, el hijo más prescindible de Jorgmund. Viste su segundo mejor traje (o el tercero, o el décimo, quién sabe, pero seguro que no está arriesgando su Royce Allen diseñado a medida en un tanque, no por un ascenso) y su cutis está suave gracias al bótox y a la loción de afeitado. Sin ingeniería genética, sin intervención o desembolso, la Compañía de Jorgmund lo ha rehecho y acuartelado en alguna ciudad dormitorio a medio construir, lo ha despojado de su conexión con el mundo a través de un curso intensivo de escuelas de negocios y tarjetas de fidelización, rodeándolo de pseudoespacios, parques y cascadas artificiales, así que ahora es alérgico al polen y a la contaminación, a la arena, al pelo de animal y a la sal, al gluten, a las picaduras de abeja, al vino tinto, al lubricante espermicida, a los cacahuetes, a la luz solar, al agua no

purificada y al chocolate, y a todo lo que no sea ese medio climatizado y envasado al vacío en el que transcurre su vida. Dick Washburn, conocido de ahora en adelante y para siempre como Lavacipotes, es un chupatintas tipo D: un insolente aspirantillo a tesorero con humanidad vestigial, lo que lo hace infinitamente menos malvado que un chupatintas tipo B (máquinas burocráticas sin corazón; tenis clase profesional) y algo menos malvado que un chupatintas tipo C (lacayo del sistema deshumanizante con afición a regodearse; golf ambiental), pero indiscutiblemente más malvado que un chupatintas tipo M a E (un humano real que grita por escapar de un personaje devorador de almas profesional, disponible en varios grados de desesperación). Nadie que conozca se ha encontrado nunca a un chupatintas tipo A, como nadie relata nunca su propio accidente mortal; un chupatintas tipo A sería una persona tan absolutamente consumida por el mecanismo en el que está empleada que habría dejado de existir como una entidad independiente. No tendrían olor, ni cara, ni rastro; carecerían de ambición o restricciones y tomarían decisiones completamente ajenas a las preocupaciones humanas; adoptarían soluciones por la compañía y para la compañía. Un chupatintas tipo A sería el tipo de persona que firma una tortura y presiona el botón nuclear sin ningún motivo más apremiante que cumplir con su trabajo y porque parecía el siguiente paso lógico.

Lavacipotes se aclaró la garganta y reveló la Misión como si hubiera hecho antes este tipo de cosas, escupiendo groserías de oficial porque, supongo, pensaba que eso era lo que hacían los Hombres de Verdad.

—Supongo que todos ustedes sabrán que hay un incendio en el Tubo de Jorgmund —nos dijo, con el ceño fruncido—. Bueno, pues es peor que eso. Se trata de una estación de bombeo. Hay miles de barriles de FOX y se están incendiando como el queroseno, lo que está formando un *agujero en el puto mundo*.

Bajó la cabeza con remordimiento. Creo que trataba de hacerse el serio, pero solo parecía como si hubiera derramado un montón de vino

tinto sobre la alfombra: *Dios, Vivian, ¿qué puedo decir? Es todo culpa mía. ¡No! ¡Nada de sal! Si las dejas, pueden quitar la mancha; me refiero a estas cosas químicas ALUCINANTES: fulminan cualquier tipo de vino. Es el gas quitamanchas VX. Ya, ya lo sé, yo también lo pensé. ¡Pero hoooola, marinero! ¡Desde esta posición es el mejor vestido subido de tono que jamás haya existido!* No encontró eco en ninguno de los presentes, de manera que lo intentó de nuevo, esta vez con clichés tajantes.

—Tenemos que meternos ahí y apagar ese fuego cabrón, extinguirlo, sí, como *una puta vela de mierda*, si no... —momento en el que fue apagando su voz y dejando que la respiración saliera de él; una pausa para dejarnos construir nuestra propia metáfora de la catástrofe. Y justamente eso es a lo que se le llama una elipsis retórica, el mecanismo de oratoria más barato y el más difícil de llevar a cabo correctamente. Una elipsis es como un puñetazo directo; las únicas trampas retóricas más baratas son reírte de la novia fea de tu oponente o mencionar algo diciendo que no hablarás sobre ello. Todos nos quedamos mirándolo durante un minuto, hasta que se puso ligeramente rojo y cerró la boca.

—Explosivos —dijo Gonzo; Jim Hepsobah asintió.

—Sip —dijo Jim.

—¿Crear un vacío?

—Sip.

—¿Y va a funcionar con FOX?

—Debería.

—Necesitamos una buena explosión —apuntó Annie el Buey.

—Y tanto —dijo Gonzo.

—No podemos permitir que se vuelva a incendiar después... —Annie continuó— Una bien gorda. ¿Tenemos capacidad para generar una así de grande?

Annie el Buey era una mujer de uñas recortadas y grandes mejillas que sabía de explosivos. Tenía hombros estrechos y firmes, muslos y antebrazos gruesos. También coleccionaba cabezas de muñecos. Era imposible

saber si Annie coleccionaba estas cosas porque le gustaba disponer de amigos suaves y afelpados con los que hablar o si eran los rostros de las personas de su vida que Desaparecieron. Nunca se lo llegué a preguntar; hay ciertos temas que son privados y Annie no era el tipo de persona que responde preguntas sobre temas privados.

Annie miró a Jim y Gonzo. Luego los tres a Sally. Sally miro a Dickwash.

—Sí —dijo Dickwash, con una certeza absoluta—. Puedo arreglarlo.

Los chupatintas siempre me han dado mucho yuyu. Si hablas con cualquiera por encima de un tipo E tendrás la sensación de que el ser con el que estás hablando no es totalmente humano, y no andarás muy desencaminado. Un chico llamado Sebastian me lo explicó así una vez:

Imagínate que eres Alfred Montrose Fingermuffin, un empresario. Eres dueño de una fábrica y tu fábrica utiliza imprentas gigantes de metal industrial para construir chismes Fingermuffin. Un sistema hidráulico impulsa enormes hojas que aplastan una cinta de metal —como la de un rollo de cinta, completamente de metal— y recortan chismes con forma de hombres de jengibre. Si consigues que la máquina vaya a cien chismes por minuto, seis segundos por cada diez chismes (porque la máquina imprime sobre la cinta de diez en diez), entonces vas bien. El problema aparece cuando ves que puedes conseguirlo en teoría, pero que en la realidad tienes que parar la máquina cada cierto tiempo para los controles de seguridad y los cambios de turno. Cada vez que lo haces, el tiempo muerto supone un coste para ti, pues tienes la máquina encendida y el personal sigue allí (el personal de ambos equipos a salario completo). De manera que quieres hacerlo el mínimo de veces al día. La única forma que tienes de saber cuándo estás en el mínimo absoluto es cuando comienzan los accidentes. Y, por supuesto, siempre habrá accidentes; los seres humanos tienen la costumbre de cagarla de vez en cuando. Se ponen cachondos y empiezan a pensar en sus amantes, se apoyan en el Gran Botón Rojo y alguien pierde un dedo. Así que reduces el número

de cambios de cinco a cuatro, el número de controles de cinco a cuatro, y súbitamente estarás mucho más cerca de hacer a Fingermuffin el líder del mercado. A la señora Fingermuffin le encanta que la hayan invitado a hablar en la WI, y los pequeños Fingermuffin están muy contentos porque su padre les lleva juguetes nuevos, más brillantes, más resplandecientes. El inconveniente es que tus trabajadores trabajan más duro y necesitan una mayor concentración; los accidentes que tienen son algo peores, se dan con mayor frecuencia. Pero ya no puedes volver atrás porque tus competidores han hecho lo mismo y el mercado de los chismes se ha vuelto más agresivo, de manera que el tema se reduce a lo siguiente: ¿cuánto más puedes exprimir el margen sin convertir tu fábrica en un lugar donde nadie pueda trabajar? Es un ambiente arduo para trabajadores inexpertos y la cosa puede ponerse bastante fea. De repente, el bondadoso Alf Fingermuffin está dirigiendo la fábrica más terrorífica y peligrosa de la ciudad, porque esta empresa no puede sobrevivir de otra manera. Eso o la quiebra, y entonces Gerry Q. Hinderhaft toma el mando, y todo el mundo sabe lo mucho que presiona Gerry Q. a sus chicos.

Para mantener viva la empresa, salvaguardar la felicidad familiar y los trabajos de sus empleados, Alf Montrose Fingermuffin (ese eres tú) se ha convertido en un monstruo. La única forma que tiene de afrontarlo es dividirse a sí mismo en dos personas: el Amable y Viejo Alf, un hombre normal, y el Severo Señor Fingermuffin, el jefe de la fábrica. Sus gerentes hacen lo mismo. Así que, cuando hablas con uno de los gerentes de Alf Fingermuffin, no estás hablando en absoluto con una persona. Estás hablando con una parte de la máquina que es Fingermuffin S. L. y —al igual que los trabajadores de la propia fábrica— los mejores en funcionar como esa parte son los mismos que actúan menos como una persona y más como una máquina. En la fábrica, eso significa hacerlo todo dentro de un *tempo* perfecto, siempre de la misma forma, una y otra vez. En gestión y dirección de empresas, eso implica vivir por y para las ganancias, la cuota de mercado y las gráficas. Los gerentes abandonan la parte de sí

mismos que piensa y sus cabezas solo se encargan de seguir ejecutando el programa.

Así que no esto iba a ser, casi seguro, una tarea fácil. Pero, a menos que hubiese un terremoto u otra guerra, Gonzo se apuntaba, lo que significaba que yo también, y si nosotros nos apuntábamos era posible que el resto del personal viniera con nosotros para asegurarse de que estábamos bien y, de paso, de que no hacemos nada increíblemente chulo con lo que luego pudiéramos tomarles el pelo y, en definitiva, asegurarse de que no volviéramos hipermegamillonarios y se lo restregásemos por la cara antes de dejarles la vida resuelta. Gonzo Lubitsch es adicto al protagonismo. Yo solo trabajo para ganarme la vida, me llevo el sueldo a casa con mi mujer y nos emborrachamos, nos desnudamos y comportamos como adolescentes, alimentándonos con pizza el uno al otro.

De vuelta al bar: Sally había encerrado a Dick Washburn en una granja con todo el ejército mexicano cayéndole encima. El había pensado que nos daría caña, que embaucaría a los estúpidos camioneros para las cinco y que tendría su culo atlético de vuelta en la ciudad para abandonarse a unos cuantos martinis y *Dios mío, Vivian, aquello era un infierno*. Sin embargo, Sally tenía un kung-fu negociador de primera clase. En el reducido mundo de las compañías civiles, ella es la persona de confianza, la líder, la abeja reina y la *waka sensei*. Sus ojos desnudan la letra pequeña y sus dedos recorren su contorno; la conoce y es suya, deja que se ponga cómoda y espera a que suplique sus caricias como una boba feliz. El chupatintas veía como su extra de Navidad se encogía como una trufa blanca en enero mientras desaparecía la sensación de temeraria testosterona con la que había llegado. El cuerpo de Vivian, enfundado en ropa deportiva de licra, se desvanecía e iba siendo reemplazado por la posibilidad de que Sally le cortase la cabeza. Así que Dick Washburn escarbó en las oscuras profundidades del kit de magia de escuela de negocios e intentó poner en marcha una maniobra tramposa, una retorcida pastilla «curalotodo», lo que quizás estuvo intentando todo este tiempo: aislar a Sally y conseguir

que hiciéramos un trato con él. Un chupatintas tipo D tenía vestigios de humanidad, de la clase que puedes llevar en tu pitillera y ofrecérsela a otra gente en alguna fiesta.

—Los camiones —dijo Dick Washburn.

—¿Qué pasa con los camiones? —preguntó Sally.

—Cuando terminemos —dijo el chupatintas— pueden quedarse con ellos. Son unos camiones increíbles.

Golpeaba la palabra *camión* con algo más de fuerza en cada ocasión y, tras pronunciarla por tercera vez, todo el mundo en la habitación la oyó por encima del bullicio. Jim levantó la vista y Sally le devolvió la mirada como si supiera que algo estaba pasando, pero no sabía cómo detenerlos.

—Realmente increíbles —repitió el chupatintas.

Sally señaló que ya teníamos camiones, que la posesión de vehículos y la destreza de su manejo resultaba central para nuestra identidad profesada como camioneros; por otra parte, aquella era la razón de que el chupatintas hubiese recurrido a nosotros, el deseo de poner ese talento al servicio de la población y de la empresa de la que era representante, embajador plenipotenciario y hombre sobre el terreno, y para cuyos intereses a corto plazo buscaba estafarnos, engañarnos, timarnos y embaucarnos más allá de los deberes de protección legal y contractual propias del sector y de un sólido sentido común, pero cuyos accionistas, al igual que lo haría la mayor parte de la población anteriormente mencionada, indudablemente mirarían con desaprobación y consiguiente litigiosidad, por los desacuerdos y disputas imposibles de evitar que resultan de dichos timos, engaños, estafas y charlatanerías que algo malo suceda en el legítimo ejercicio de nuestra discreción y criterio durante el transcurso de cualquier aventura descabellada que la parte contratante —el chupatintas— decidiera asestar sobre la suave piel y el encanto juvenil de la parte contratada —los inocentes y generosos conductores de la más dura y competente compañía civil libre del mundo—.

—Todo eso se puede solucionar —dijo el chupatintas—. Solo tienen

que venir —sonrió maliciosamente— y echar un vistazo a los *camiones*. —Y esta vez sonó como el primer orgasmo, o tal vez como el último.

Total, que eso hicimos. Sally a regañadientes, Jim con calma, Gonzo entusiasmado y Tobemory Trent de reojo, y los demás, acordes con nuestro sentido común, salimos del Sin Nombre y nos metimos en el aparcamiento del local. El chupatintas agitó el brazo y el grupo avanzó entre quejas y traqueteos; una gran luz blanca y el olor a goma fresca, a vinilo, a motor, y ¡*voilà!*: Ahí estaban los camiones.

Pero no eran como los que conocíamos. Aquellos eran camiones de leyenda, los camiones que cualquier vehículo con más de seis ruedas sueña con ser. De cromado negro y apestando a gasolina obscena y a potencia vibrante. Si hubiesen podido cantar, su música habría sido la grave, profunda, lenta y empapada del blues del Delta. Tenían asientos de cuero, sistemas de posicionamiento y cristal blindado. Estaban como nuevos y ya tenían nuestros números de placa. Había una muñeca hawaiana en el salpicadero del camión de Baptiste Vassile y un montón de fotografías pornográficas en el de Samuel P; el camión de Gonzo tenía llamas en uno de los lados y el de Sally Culpepper un toque de ante rojo. Alguien allá fuera nos entendía, entendía nuestras necesidades, nuestras pequeñas y locas manías, las cosas sin las que no podíamos ser la Compañía Civil Libre de Emergencia y Transporte de Material Peligroso de la región de Exmoor (con la directora general Sally J. Culpepper al mando), sin las que tan solo éramos chicos y chicas con ropa del todo a cien.

En pocas palabras, un delicioso cebo. Si das a gente como nosotros un equipo como este para hacer un trabajo como ese, es porque o 1) vais a ganar un montón de dinero o 2) no creéis que tengamos ni la más mínima posibilidad de volver vivos. Lo más probable: que ambas opciones sean correctas.

Lo de siempre. Si hubieran podido hacerlo ellos mismos —si no hubiesen estado tan acojonados para hacer de lo que había que hacer, por miedo a la supervivencia de sus calcetines de seda—, nunca hubiesen

acudido a nosotros. La Compañía Civil Libre trabajaba por horas y solo tenía tres mandamientos: cuida a tus amigos, haz el trabajo, gana mucho dinero. A estos, el chupatintas estaba añadiendo un libro apócrifo de sanciones por daños graves y derroche de materiales que teníamos la firme intención de ignorar, pues él era la herramienta de una pandilla de acojonados legales a los que no solo les daba miedo la muerte sino también los abogados caníbales, las demandas colectivas, los inversores cabreados, la comisión antimonopolio, todo aquello, y el primer y segundo mandamiento prohibían escatimar recursos durante un trabajo. Observamos sus numerosas cláusulas y anexos y dijimos «Bah».

Plan básico:

1. Ir al lugar A (almacén) y recoger el objeto X (caja grande que hace bumbum).

2. Llevarlo al lugar B (estación de bombeo), que sufre un estado Q (en llamas, *v.g. malo*).

3. Situar objeto X en lugar B (caja grande que hace bumbum, te presento a estación de bombeo en llamas; estación de bombeo en llamas, caja grande que hace bumbum. *Estrechar la mano. ¿No nos vimos una vez en lo de van Kottler? Vaya, ¡creo que sí!*) y provocar reacción P (bumbum, pum, pum-ni-pum, BUUUM) y ahí estado R (privación de oxígeno, pseudovación, *¡eshlarrrrp!*) y así extinguir B ($\sim Q$, $\sim R$, lo siento mucho, viejo amigo, tengo que irme, los niños tienen colegio mañana, *chao-chao, muamua*), y como resultado de ello

4. Ganar suficiente dinero para comprar un pequeño Estado-nación y una granja de watawabas y comer mango todo el día (*vamooos, cantemos aleluya, no hemos muerto*).

La pregunta que debería haber estado haciéndome todo este tiempo —aquello que todos deberíamos haber querido saber, urgente e intensamente— es la siguiente: ¿cómo narices pudo una parte del Tubo, el objeto más seguro y duradero jamás fabricado por manos humanas y por ingeniería humana, el producto de redundancia triple más segurís-

tico fruto de la más profundamente dedicada colaboración de la historia... cómo pudo este objeto indestructible llegar siquiera a incendiarse? Cuando te lo planteas así, la respuesta es obvia:

Alguien lo hizo.

Pero, eh, que nosotros no somos esa clase de gente. Más bien somos de los de «podemos hacerlo», no de los de «pero qué pasa con», exceptuándome a mí, quizá. El chupatintas sonrió a Sally Culpepper, aunque su sonrisa triunfante se aflojó un poco en cuanto se dio cuenta de que nunca habíamos tenido la intención de decir que no; sabíamos que él sabía que perder a algunas personas era parte del plan. Por un instante creí que podría sentirse avergonzado. Luego bajó la mirada hasta sus pies, vió el destrozo de unos zapatos que valían un año de su sueldo y aborreció este lugar tan estúpido, tan feo, pero, sobre todo, tan *barato*. Su chupatintería retrocedió un poco al descubrir aquella parte de sí mismo que se mantenía indiferente. Suavemente se fue deslizando en las cálidas aguas del «todo importa una mierda».

Obsérvalo de nuevo: no es Dick Washburn el que estás viendo, no exactamente. Dick ha abandonado su cuerpo durante esta charla. El que está ahí parado no es Richard Godspeed Washburn, el mismo que sufrió un golpe que le provocó una grave conmoción cerebral el día de su decimoquinto cumpleaños, la misma víspera de la Guerra de Desaparición, y que pasó las siguientes semanas entre la oscuridad y la luz de las velas en el hospital al que le habían llevado para que se fuera apagando, agotando, hasta finalmente morir. Pero no lo hizo, y más tarde se hizo un hombre en un nuevo mundo despedazado. Este no es el rápido Dick de los niños de la calle Harley, el mismo que —antes de que los buscahuérfanos llegaran y lo metiesen en un orfanato y las cosas volvieran otra vez a alguna especie de normalidad— podía abrir la puerta trasera de un camión del ejército y mangar medio kilo de chocolate antes de que los soldados ni siquiera se diesen cuenta. Era la propia Jorgmund, que observaba a través de los ojos de Dick y medía su entorno como si se tratase de números

y márgenes de beneficio. Por supuesto, Jorgmund no era más que una alucinación colectiva, una serie de reglas que componían el trabajo de Richard Washburn, y cada vez que hacía eso —escabullirse de una situación humana y dejar que el patrón utilizara su mente y su boca porque prefería no tomar la decisión él mismo— estaba un poco más cerca de convertirse en un chupatintas tipo C. Perdía un trocito de su alma. Había un destello de dolor e indignación en él cuando, como el animal que era, sentía que la máquina estaba a punto de morder otra vez, y rugía desde su jaula, en lo más profundo de su pecho musculoso y depilado y de su segundo —o noveno— mejor traje. No obstante, era un animal muy, muy pequeño y no de los más feroces.

Todo había acabado. Trato hecho. Hora de trabajar. Avancé furtivamente hasta Sally y le susurré al oído:

—Así que, antes de que apareciera Dickwash...

—Ajá.

—Llamaron.

—Sí.

—¿Se equivocaron?

Sally movió la cabeza.

—Mentí —murmuró, igual de sigilosa—. Era una mujer. No la conocía.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que no aceptáramos el trabajo.

—Genial.

—Sip.

—¿Algo más?

—Sí —contestó Sally—. Preguntó por ti, en particular.

Sally no me dijo que mantuviera los ojos bien abiertos, porque me conocía y no hacía falta. Asintió —una vez— y cogió las llaves de su nuevo camión, que descansaban en los sumisos dedos del chupatintas.

Sally y Jim en el primer vehículo, Gonzo y yo en el segundo, Tommy

Lapland y Roy Roam en el tercero y, los demás, al final de la cola. Los veinte que éramos, dos por cabina, diez camiones broncos, vaqueros y espuelas, y Tobemory Trent en la retaguardia con su parche para las ocasiones especiales. Trent era de Preston, nacido y criado en la región del pastel de carne y con polvo de carbón en la sangre. Perdió el ojo en la Guerra de Desaparición; se lo sacaron rápidamente para que no muriera o algo peor. Trent escupió a la carretera y rugió; el maldito Capitán Ahab de las nuevas carreteras, con el portaarpones sobre el asiento del conductor por si la cosa se ponía fea. Saltó hacia el enorme asiento y dio un portazo lo suficientemente fuerte como para sacudir todo el vehículo. Solo quedaba algo realmente importante por hacer. Sally y el chupatin-tas se dieron la mano, Sally se volvió para mirarnos desde el estribo de su camión y allí estábamos nosotros, orgullosos, nerviosos y mudos por aquella delicia de dieciocho ruedas. Gonzo William Lubitsch, de Valle Cricklewood, metro ochenta y robusto como los Alpes suizos, se bajó los pantalones y se meó en nuestra rueda delantera derecha para darnos suerte. Annie el Buey y Egon Schlender le gritaban y azuzaban desde el número ocho, así que se bajó también los calzoncillos y mostró su musculoso culo en su dirección; luego saltó al camión y lo arrancó. Con los pies en el salpicadero, yo me centraba en enviar una pequeñísima oración al Dios que gobernaba mi cielo personal.

Señor, quiero volver a casa.

La mayor parte de las veces que nos alejábamos del Sin Nombre era rumbo al oeste, a lo largo del Tubo. Exmoor estaba como a kilómetro y medio al sur de la carretera principal y de las montañas nos llegaba un clima particular. A 130 o 140 kilómetros en dirección contraria se encontraba uno de los puntos de fricción de la Zona donde tenías que estar atento a la gente que veías por si no eran personas en realidad. Cada tanto, los comerciantes venían a la ciudad. Había una casa de huéspedes especial en la parte trasera del Sin Nombre donde Flynn alojaba a aque-

llos de los que no estaba muy seguro. Era cómodo y seguro, pero estaba lejos de su familia. Flynn es un hombre decente, pero cauto.

Esta vez fuimos al este, muy rápido. El carro de combate de Bone Briskett era del tipo con ruedas que puede ir a buena velocidad y estaba exprimiéndole todo lo que podía y pidiendo más. Condujimos a lo largo de la noche y o habían despejado la carretera o nadie venía por el otro sentido. Nos precipitamos a través de una ladera empinada y a lo largo de una especie de corredor. El viento soplaba a nuestro favor, lejos, desde las montañas. Incluso así podías ver una amplia cortina de bruma al sur, quizá a ocho kilómetros de distancia con extrañas sombras retorciéndose. En unos pocos kilómetros podríamos girar a la izquierda bajo el Tubo, donde había una curva que nos llevaría rápido hacia el noreste. Esperé. No la tomamos.

En su lugar seguimos adelante y adelante y adelante, sin parar. El atardecer comenzó a formarse en el cielo y empecé a tener esa sensación que te dice «preparate», pues solo había una ruta por aquí que pudiese llevarnos a Haviland y a una gruesa sección del Tubo principal. Era una carretera vieja y nos llevaría allí de un tirón, pero nunca antes la habíamos tomado porque pasaba por Drowned Cross. Le pegué un codazo a Gonzo, giró la cabeza hacia mí y se encogió de hombros. Drowned Cross era una mala zona, en el límite justo con la Frontera. Esa era la razón de que se encontrase vacía y muerta.

Nos lanzamos hacia una planicie; no había más desierto. Una llanura amplia y verde se extendía frente a nosotros, cortada por una línea gris, como la ceja de una viuda, que partía del camión principal y se dirigía hacia el sur. El carro de combate de Bone Briskett tomó la curva sin aminorar el ritmo y Gonzo chasqueó la lengua —no sé si por la prisa o por nuestro destino, pero estaba prestando más atención: estaba mirando los escondrijos de la carretera y calibrándolos, comprobando la escolta y preguntándose si eran lo suficientemente buenos—.

Justo después de la Reificación y de la Guerra de Desaparición hubo

un periodo de lo que podría llamarse excesivo optimismo. Construyeron una ciudad en particular como si fuera un corte de mangas al pasado más reciente, la primera de una raza de lugares luminosos y seguros donde todos podíamos continuar con nuestra vida real, pagar impuestos y preocuparnos por las entradas o por los michelines de la mediana edad y, ¿ese chico de la casa de al lado se está saltando la prohibición de regar en verano? Lo llamaron Heyerdahl y lo vendieron como una aventura en la frontera neosuburbana. Vivieron allí alrededor de 5 000 personas. Tenía su propio y pequeño capilar del Tubo de Jorgmund que lo hacía seguro y lo habían montado sobre una cumbre, de manera que la gente pudiese mirar valle abajo hacia la peligrosa niebla de lo irreal y saber que estaban haciendo retroceder el límite solo por estar ahí.

—Algún día —podrían haberse dicho los unos a los otros con un descafeinado en la mano— todo esto serán campos de cultivo.

Aquella zona se llamaba ahora Drowned Cross.

Doblamos una curva y allí estaba, arropada por una pequeña colina y oscura y vacía como la caseta de tu perro después de llevarlo al veterinario y haberle dicho adiós. La carretera se dirigía directa hacia ella, al igual que Bone Briskett, así que le seguimos. Drowned Cross había aumentado en tamaño pero no en luminosidad; escarpada, se extendía por el cielo. Los grandes dientes rotos que dominaban el lugar eran los restos del chapitel de la iglesia y aquello de bordes ásperos era el reloj del pueblo, que se había parado para siempre en las cinco y cuarto. Las casas eran blanquecinas y tenues, con tejados de terracota. Las ventanas estaban intactas. Un par de coches permanecían cuidadosamente aparcados en la plaza principal. Los pájaros volaban sobre el techo solar mientras pasábamos, palomas grises y negras con ojos de paloma histérica. Una de ellas era demasiado estúpida para esquivarnos en la dirección correcta y rebotó contra el cristal. O quizá fueron las demás las que la empujaron: el asesinato entre palomas no es algo precisamente inverosímil. Gonzo soltó un taco. El aturdido pájaro se tambaleó y cayó sobre la carretera. Si

todavía hubiese estado cuando Samuel P. circuló por allí, le habría pasado directamente por encima.

Nadie sabe qué ocurrió realmente en Drowned Cross. No quedaron supervivientes. Nadie apareció, confundido y desesperado, en el siguiente pueblo del camino. Ningún pastor solitario lo vio todo desde una colina adyacente. Fuera lo que fuese, no produjo ningún ruido, no que sepamos, ni tampoco dejó imagen de sí mismo. Algo vino desde lo Irreal y se tragó el lugar. Quizá la colina junto a Drowned Cross se trague pueblos. Escuché una historia una vez, en la radio, sobre un grupo de marineros a la deriva que finalmente llegaron a una isla donde atracaron por la noche. No esperaban encontrar tierra, tan lejos como estaban de su ruta y desconcertados por estrellas desconocidas; habían previsto sed y locura. Lloraron, besaron el suelo, encendieron un fuego para cocinar la cena y finalmente cayeron en un sueño ligero. En mitad de la noche, por supuesto, se despertaron por un terrible aullido y la isla en la que se encontraban empezó a temblar. Unos brazos sin hueso de descomunal tamaño salieron del agua para atraparlos y solo entonces se percataron de que habían buscado refugio en la espalda de algún terrorífico monstruo de las profundidades.

Me encantaban los cuentos con moraleja como éste en mi niñez, pero sentado junto a Gonzo y mirando hacia abajo, a las casas impolutas y desiertas de Drowned Cross, no dejaba de pensar en almejas con salsa de ajo que eran sorbidas y cuyas conchas se lanzaban de nuevo al cuenco. Lo que allí había pasado era repugnante, así de simple, y había habido otros casos desde entonces. En las tranquilas horas de la noche, la gente de las casas circundantes al Tubo se despertaba y escuchaba, asustada por las cosas de más allá de la Frontera. Alguien ahí fuera comía ciudades, hasta la última gota, y seguía su camino. La gente decía que eran los Mil Encontrados. Esperaba que no fuese cierto.

El Cruce en sí —nuestra carretera y la otra, la del este-oeste que cruzaba la ciudad y se dirigía hacia lo que todos imaginábamos que sería la

siguiente porción de tierra recuperada— estaba al otro lado de la plaza. Fuimos despacio, porque los adoquines resbalaban por el rocío y porque no se rechinan los neumáticos en un cementerio, no importa cuántas ganas tengas de irte. Algo brillaba en el polvo donde las carreteras se encontraban: un trozo plateado de metal grabado con lo que podría ser una nueva luna o un tazón de sopa con una cuchara dentro. Parecía caro y me pregunté cuánto tiempo llevaría ahí. Desde el día en el que Drowned Cross tomó su nombre, lo más probable. Pudo haber sido un gemelo o un brazalete. Parecía triste que a alguien le faltara —quizás era uno de un par y la persona tendría todavía el otro—, pero luego me sentí culpable y grosero, pues no había duda de que su dueño estaba muerto, y la correa suelta no iba a molestarlo nunca más.

Y tan pronto como apareció, se fue. Era un lugar pequeño, después de todo. Gonzo giró el volante, lo que condujo al camión a un amplia y poderosa vuelta, y la última casita vacía se esfumó detrás de nosotros. El carro de combate de Bone Briskett rugió hacia adelante y Gonzo golpeó el volante con los nudillos: ¡papapapahhhh!

—¡Camino libre! —chillé por la radio.

—¡Ahh, genial! —gritaron Jim Hepsobah y Sally Culpepper.

—¡Viento en popa! —gritó Gonzo Lubitsch.

Bone Briskett no dijo nada, pero era evidente que pensaba que estábamos locos.

Por favor, Dios mío.

Quiero volver a casa.